

AMSTER

GUILLERMO FELIU CRUZ

La literatura de viajes  
sobre América y Chile y  
Andrés Bello

Ediciones Revista ATENEA

GUILLERMO FELIÚ CRUZ

LA LITERATURA DE VIAJES  
SOBRE AMÉRICA Y CHILE Y  
ANDRÉS BELLO

---

DESDE sus orígenes mismos, al finalizar la primera mitad del siglo XIX, la historiografía chilena reconoció e incorporó como fuente principalísima para la integración del conocimiento del pasado nacional, el testimonio de los viajeros que visitaron el país en épocas diversas. Por circunstancias, las más variadas y en distintos momentos del acontecer histórico, esos viajeros —a veces franceses, ingleses, alemanes, norteamericanos, polacos, sucos, italianos, etc.—, ordinariamente dueños de la cultura media de sus respectivos estados y por ello agudos observadores, comerciantes unos, marinos éstos, industriales aquéllos, mineros no pocos, algunos profesionales, escritores y pedagogos, o simples viajeros los más, cada uno en su rango social, en el rol de su actividad y en el de su nivel intelectual, describieron el país en su aspecto físico, o ciertas regiones de él, con segura precisión, con amables detalles de interés y de un intenso colorido. Quedaron maravillados del paisaje suave y encantador que, en su primitivez, les ofrecía un clima que siempre enaltecieron, comparándolo con el del mismo Paraíso.

A veces, la pupila deslumbrada de esos viajeros idealizó el ambiente en que precariamente desenvolvíase una sociedad patriarcalmente organizada. Abarcaron también, con penetrante mirada, las vicisitudes de los sucesos políticos y sociales ocurridos durante la permanencia en el territorio, en la campiña, en la cordillera, en el desierto y en diversas ciudades, y aportaron de este modo al relato, valiosas informaciones que la historia ha debido incorporar en sus páginas. Con agudo espíritu, ahondaron casi siempre el medio en que actuaban los diversos elementos que componían los estratos sociales, descubriendo rasgos que habían pasado inadvertidos a los

observadores españoles y criollos. Así, trazaron con rasgos firmes el cuadro de las costumbres y de los hábitos, ciertamente difíciles de aprehender en sus matices intermedios en una sociedad perfectamente jerarquizada entonces, y percibieron en lo autóctono, lo original de su composición, y lo folklórico, por decirlo así, que existió en las idiosincrasias regionales.

Al propio tiempo, percibieron las preocupaciones nacidas de las intolerancias sociales, religiosas y económicas. Por ello, representaron con exactitud las ideas y sentimientos dominantes en la bien organizada sociedad del dominio colonial español, y, más tarde, en la fluctuante de la época de la independencia, cuando fue conmovida violentamente, de base a superficie, y, en seguida, durante el período lleno de zozobras de la organización del Estado.

Las observaciones recogidas y consignadas en los libros que escribieron, son ordinariamente la consecuencia de la estimación singular de un tipo de civilización caracterizada por una llana sencillez, como era la americana legada por la española. Comparada con la de ciertos países europeos, especialmente la francesa, la inglesa y la italiana, donde la comodidad del vivir había llegado a un buen nivel de refinamiento, desdibujando lo primitivo de las costumbres, las sociedades americanas resultaban ideales, no revestidas aún con artificios en el trato, en la moda, en los usos y en los hábitos. La manera de ser de la idiosincrasia del mundo americano, les pareció idílica, aun en las ciudades de más rango del imperio colonial español, como las capitales de México y de Lima. Tanto en las descripciones de las costumbres como en los dibujos que hicieron de ellas para ilustrarlas, el rasgo acusa encantamiento. Y será mayor, cuando algunos de estos viajeros, sin ser románticos, se conviertan en tales por el ambiente de sus respectivos países. Por ese influjo, sin quererlo, por ejemplo, un marino francés dibujará a las mujeres patagónicas con los encantos del cuerpo y la fisonomía de las de Versalles; o bien, al reproducir un vestido de etiqueta de una dama criolla, lo verá como en su país de origen, es decir, fantaseada la visión.

Esta visión idealizada de América, románticamente interpretada en su naturaleza, en sus hombres aborígenes, en sus hábitos y costumbres, tenía en algunos viajeros influencias producidas por la emoción filantrópica que algunos escritores europeos habían logrado despertar en sus libros en favor de las cosas del Nuevo Mundo, creando un ambiente propicio para ello. Muy lejanamente como

precursores pueden señalarse Las Casas, Ercilla y Garcilaso de la Vega. Hacia 1580, Montaigne en el ensayo *Des Cannibales*, defendió al indio de acuerdo con los relatos de su sirviente que durante 12 años había permanecido en el Brasil. Concibió a los aborígenes en estado de primitiva naturaleza y de la más bella inocencia. Más tarde, será Voltaire en la tragedia *Alzire*, de 1736, en la que un sentimiento de caridad, de filantropía, destaque las crueldades de la conquista y la humillación del indígena ante el español en una escena que tiene la sola indicación de desarrollarse en Lima. Rousseau influyó con el poder de su ensoñación en la manera de ver, de sentir y de comprender, la naturaleza primitiva tan bien descrita por él. Singularmente contribuyó el *Contrato Social* a formar la imagen del hombre primitivo en estado de virginidad, tal cual se llegó a creer encontrábase en América. Al producirse la eclosión del romanticismo en Europa, estas ideas, es decir, las que surgieron al expandirse las de esos autores, inundaron el sentimiento filantrópico de todas las inteligencias y abrieron el cauce a una literatura que explotó el tema de la ¡Virgen del Mundo, América inocente!, del poeta Manuel José Quintana. Marmontel en la novela *Les Incas*, 1777, explota la crueldad y el fanatismo de la conquista y el martirologio del indígena. Bernardino de Saint-Pierre es un caso diferente. La novela *Pablo y Virginia* exaltó el sentimiento de la naturaleza, preconizado por el ginebrino, y contribuyó a hacer resaltar lo que hay de singular en la naturaleza tropical americana. La novela estimuló en esos dos aspectos, más en el segundo que en el primero, a mirar en lo americano lo mismo que destaca Saint-Pierre. El amor del indígena encontró una interpretación sublime, idealizada en su candorosa primitividad. Chateaubriand fue quien con más fuerza y vigor supo presentar lo que había de original, de autóctono, de exótico, en fin, en el mundo americano. La representación fue puramente intelectual más que vivida en la realidad, pero su imagen perduró en el mundo europeo a través de dos novelas que despertaron fuertemente el interés de los lectores en Francia, y por medio de traducciones entre los ingleses, alemanes, italianos y en gran número de españoles. Los americanos que la leyeron, difundida por la versión del venezolano Simón Rodríguez, quien en compañía del fraile mexicano Fray Servando Teresa Mier, la tradujo a la lengua castellana en 1801, *Atala*, tuvieron ocasión de recibir el estímulo de lo original que había en el mundo americano. Pero no es éste nuestro tema. En *Atala* —diremos, sin em-

bargo, para concluir con él—, como en la otra novela de Chateaubriand, *Los Natchez*, escrita durante su breve paso por las tribus de la Florida y Canadá, el romántico adquirió, como dice Rodó, “el sentimiento de originalidad exótica”.

Los demás autores que hablaron de las cosas americanas, no pueden ser citados como estimuladores del sentimiento europeo hacia lo americano, debido a que son contemporáneos de los viajeros que visitan el continente. Quizá convenga recordar, haciendo una excepción entre esos escritores, a Fenimore Cooper, autor de *El último de los mohicanos*. Bello lo saludó en *El Repertorio Americano*, revista que publicaba en Londres en 1826, como “el Walter Scott de América”.

Hemos citado éstos y los otros autores, para establecer cómo los estímulos de la literatura romántica de fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, impregnada en un ardiente espíritu filantrópico, insuflada por una imaginación febril para crear ensueños, idealizar sentimientos, describir hábitos y costumbres diferentes de los del mundo europeo, pero propios de estas sociedades patriarcales, determinó espontáneamente en los viajeros que recorrieron los diferentes países del Nuevo Mundo un concepto singular. Humboldt, a quien con razón se ha llamado el segundo descubridor de América, fue acaso quien más contribuyó a despertar el interés por estas desconocidas regiones. “Humboldt —escribe Concha Meléndez— dedicó su personalidad de sabio y su sensibilidad de artista al estudio de la realidad de América: montañas, volcanes, selvas, ríos y valles; flora y fauna; tipos raciales. Influencias lejanas de Rousseau y Saint-Pierre habían llegado a él a través de la literatura descriptiva de Jorge Forster; pero su estilo —producto de la observación sagaz del sabio y el don lírico que embelleció su obra— es único en su siglo, y en Hispanoamérica formó escuela de prosistas”<sup>1</sup>.

Las obras de Humboldt circularon muy poco antes de la revolución de la independencia de las colonias españolas, en los mismos días cuando se desarrollaba la lucha contra España que Europa contemplaba atónita. La suerte de ella, favorable o no, despertó el deseo vehemente de conocer los dominios españoles del Nuevo

<sup>1</sup>Concha Meléndez, *La novela indiana en Hispanoamérica* (1832-1839) Madrid, 1934. Excelente y magistral libro para confirmar el

punto de vista con que los viajeros europeos vieron el mundo americano.

Mundo, en que desarrollábase el drama. Grupos de hombres de las más diversas actividades se desplazaron hacia las colonias. En ellos no cabe duda que el romanticismo, como expresión de una concepción de la vida, hecho carne en el ambiente europeo, los dominaba. Tampoco puede caber duda de que los más cultos de esos hombres se encontraban dominados por la concepción de una filantropía romántica que idealizaba lo que veía y sentía de acuerdo con los géneros literarios inspirados en la escuela en boga, y que, para éstos, como para otros de niveles culturales inferiores, los libros de Humboldt contribuyeron poderosamente a ensanchar la visión de los países recorridos por el gran explorador. El estilo subyugante de Humboldt contribuyó a crear una imagen idílica de las tierras colombinas.

El sentimiento nacional de los hispanoamericanos, constituidos en estados independientes después de la revolución de 1810, no obstante la suerte varia que corrieron en el curso de una guerra que duró cerca de 15 años, se vio complacido orgullosamente con la literatura por los viajeros que residieron en sus respectivos países, y el mismo interés despertaron los libros de memorias de los actores que sirvieron en las campañas militares. Hay, en unos y otros, una exaltación de las cosas americanas, casi siempre elevadas a un tono de admiración, pero que no destruyen la realidad misma de las cosas. Así puede explicarse el interés que siempre produjo en la clase culta de estos países la lectura de las obras de viajeros y de los memorialistas. En Chile, por ejemplo, sabemos el apremio con que buscaban estos libros Manuel de Salas, para la Biblioteca Nacional recién reabierta, Manuel José Gandarillas, Camilo Henríquez y Bernardo de Vera y Pintado. A veces esta curiosidad trascendía a los periódicos eventuales que salían a luz y allí eran comentados esos libros. Así, en *El Argos* (1818), en *El Sol* de Chile (1818), *El Chileno* (1818), en *El Telégrafo* (1818), y en el *Mercurio de Chile* (1822). En estos periódicos, que son los publicados inmediatamente de asegurada la independencia en 1817 y cuando a la vez se organiza un bien definido gobierno presidido por O'Higgins, puede verse con cuanto fervor los libros de viajes tuvieron predilección. La explicación es sencilla y fácil de comprender. El americano se sintió engreído, si así pudiéramos decirlo, al ver interpretado su ambiente.

El impacto de esta sociedad sencilla, patriarcal y bondadosa, por otra parte, fue grande en la imaginación de casi todos los viajeros,

y al sorprenderse del estilo primitivo de ella, les pareció de tiempos bíblicos. Sin embargo, la describieron con exactitud. En razón de ser testimonios imparciales, en cierto modo, pero en todo caso directos, la historiografía chilena, al igual que la de los otros hispanoamericanos, les reconoció el valor de fuentes de imprescindible información, e incorporó su relato como material de primera mano.

Así, pues, no habíanse cimentado sólidamente los nuevos estados americanos surgidos de la lucha de la independencia contra el imperio español, cuando el testimonio de los viajeros que visitaron estos países ilustró la situación de ellos en Europa, promoviendo el interés científico por estudiarlos, por emprender empresas comerciales de diversos géneros, por establecerse en sus latitudes y, en fin, por incorporarlos al ritmo de la civilización del viejo mundo. Humboldt había sido, en realidad —como lo hemos dicho—, el segundo descubridor de América al difundir sus libros sobre el nuevo continente en una cantidad y calidad superiores. En ellos abordó todos los aspectos de las regiones equinocciales como geógrafo, naturalista, historiador, economista, viajero y, por sobre todo, artista. La ruta abierta por Humboldt, fue seguida por toda clase de viajeros, desde los oficiales que en diversas comisiones enviaron los gobiernos de los diversos países europeos, hasta por los simples particulares, que desearon conocer la naturaleza virgen del mundo colombino y las sociedades en las cuales era posible encontrar la sencillez y encanto primitivos que tanto buscaban, y tentar suerte en el comercio, la industria y otras actividades productoras de rápido dinero.

Todavía la guerra de la independencia atrajo europeos que sirvieron la causa de la libertad y que en libros de memorias y en recuerdos de viajes, dieron a conocer estos países.

Desde Londres, donde residía a partir de 1810, Bello anticipó a los hispanoamericanos el valor que los libros de viajeros tenían como fuente de información. En los artículos que escribió para las revistas en que colaboró en aquella ciudad, *El Censor Americano*, editado en 1820, la *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, aparecida en 1823, y en *El Repertorio Americano* dado a luz en 1826, el caraqueño fue bastante objetivo en la crítica de las obras de viajes y manifestó especial devoción por conocerlas y difundirlas. Insistió, como después lo hiciera en Chile en diversos escritos, en el mérito del testimonio de los viajeros para ilustrar el espíritu de la sociedad de un pueblo. Aun los escritos de aquellos

más prevenidos contra un país y su medio social, no era posible preterirlos. A su juicio, era necesario considerarlos como elementos útiles de comparación para contrastarlos con aquellos otros ensimismados por el asombro, la sorpresa, la estupefacción de la naturaleza, las costumbres, los hábitos, etc., de la existencia de sociedades todavía en su oriundez. Estas opiniones se coligen de los artículos que sobre tales particulares escribió, o bien, se traslucen muy nítidamente de los comentarios con que glosó las obras sobre viajes que cayeron en sus manos. Muchas de sus críticas y extractos en este aspecto son modelos de información.

“Don Andrés Bello —ha escrito uno de sus biógrafos más autorizados— tenía una afición especial a las relaciones de viajes, ya científicos, ya de puro recreo. Sin salir de su cuarto, sentado en su poltrona, se complacía en recorrer los ríos, los lagos y cataratas; las colinas, cerros y cordilleras; los valles, quebradas y llanuras del viejo y el nuevo mundo. Examinaba con la atención de un naturalista, siquiera fuese en las estampas y descripciones de un libro, las yerbas y plantas, los árboles y florestas, los insectos y moluscos, las aves y reptiles, los peces y demás animales existentes en el globo terráqueo, notando prolijamente las condiciones que favorecían, modificaban o impedían su desenvolvimiento. Indagaba como filósofo y estadista las costumbres, instituciones, creencias y preocupaciones de los diversos pueblos; y observaba como un curioso los museos, teatros, monumentos y paseos que adornaban las ciudades. Se esforzaba principalmente por desentrañar las fuerzas productoras de una nación, esto es, las causas directas o indirectas que vivifican su agricultura, industria y comercio”. . . “El ilustre sabio colectaba también en las narraciones de los viajeros fidedignos, los datos que no podía proporcionarse por sí mismo para conseguir deletrear el gran código que rige el universo desde la arena hasta los astros”. . . “Desde luego, leyó y releó la colección de *Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XVI*, coordinada por don Martín Fernández de Navarrete. En seguida, estudió las obras de Alejandro de Humboldt, ese Colón de la ciencia, que principió a derramar algunos rayos de luz sobre comarcas que una política desacertada había convertido en oscuros calabozos”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>*Obras Completas de don Andrés Bello*. Vol xv. Miscelánea. Santiago de Chile. Imprenta Cervantes, 1893. Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, págs. VI-VIII.



Desde las columnas de *El Araucano*, el periódico oficial fundado en Santiago en 1830, cuya redacción literaria el Gobierno le había confiado, Bello se preocupó, cada vez que las circunstancias se lo permitieron, en propiciar el conocimiento de los libros de viajes, promover el interés por una literatura que le parecía de esparcimiento, de ilustración y tan útil como la historia y la geografía para formar el criterio de un individuo culto. Así en el número 38 del 11 de junio de 1831, insertó un excelente comentario del *Extracto del viaje de Mr. Everest a Noruega, Suecia y Laponia*<sup>1</sup>. En 1835, le correspondió exponer con alguna detención, las *observaciones sobre geografía de la Extremidad Meridional de la América, la Tierra del Fuego y el Estrecho de Magallanes, hechas en vista de estas costas por los buques de S. M. B. "Adventure" y "Beagle" en 1826 y 1830, por el capitán Phillipi Parker, Comandante de la expedición; traducción del Diario de la Real Sociedad Gráfica de Londres*<sup>2</sup>.

Al año siguiente, 1836, valiéndose de los estudios de J. A. Lloyd intitulados *Apuntes sobre el Istmo de Panamá*, publicaba un extracto de ellos, tomándolos de los que su autor había comunicado a la Real Sociedad Geográfica londinense. Lloyd fue durante un tiempo, en noviembre de 1827, miembro del Estado Mayor del Libertador Bolívar y recibió el encargo de establecer el nivel del Atlántico y del Pacífico y la elevación de la tierra intermedia, a fin de buscar el mejor punto de comunicación entre los dos mares<sup>3</sup>.

En 1837, resumía un artículo de la *Edinburgh Review*, del mes de abril, acerca de la *Relación del viaje de don Basilio Villariño a las fuentes del Río Negro, en 1782, con el propósito de abrir una comunicación con Valdivia y establecer si era practicable la navegación del río hasta el mismo pie de la cordillera*<sup>4</sup>.

Basándose en un artículo de *El Diario de la Real Sociedad Geográfica de Londres*, Bello hizo en 1839 una completa y concisa exposición de los *Viajes por Chile, el Perú y el Río de las Amazonas, en los años de 1827 hasta 1832*, por Eduardo Poeppig, profesor de la Universidad de Leipzig, obra publicada en 2 volúmenes in 49.

<sup>1</sup>El *Araucano* en la fecha indicada. *Obras Completas*, xv, págs. 8-9.

<sup>2</sup>El *Araucano*, noviembre 6 y 13 de 1835 y 31 de diciembre de 1836. *Obras Completas de don Andrés Be-*

*llo*, vol. xv, págs. 135-150.

<sup>3</sup>El *Araucano*, año 1836. *Obras Completas*, xv, págs. 151-171.

<sup>4</sup>El *Araucano*, 1837. *Obras Completas*, xv, págs. 193-199.

En este artículo, Bello señalaba el hecho, digno de anotarse, de que en el corto espacio de 7 años, no menos de tres viajeros europeos habían atravesado toda la extensión de la América del Sur, desde el Pacífico hasta el Atlántico; bajado el gran río Amazonas explorado primero hacia tres siglos por el intrépido Orellana, y después por el teniente Mawc, de la Marina Real Británica, en 1828; el doctor Poeppig, en 1831, y el teniente Smith, de la misma marina, en ese mismo año. Concluía el autor con estas palabras: "Desde el viaje del Barón de Humboldt, no se ha publicado probablemente en ninguna lengua de Europa una relación tan completa de los países de Sud América y de sus producciones, de sus habitantes y del estado civil y político en que sus nuevas instituciones lo han colocado, como en esta interesantísima obra del doctor Poeppig<sup>1</sup>.

Al año siguiente de la aparición del artículo a que hemos hecho referencia, es decir, en 1840, Bello comentaba prolijamente desde las columnas de *El Araucano* la *Narrativa de los viajes de los buques de guerra de S. M. B. "Adventure" y "Beagle" por el capitán King y Fitz Roy, de la marina inglesa, y por Carlos Darwin, escudero naturalista de la "Beagle", 3 volúmenes in 8º, 1839.*

Habíase servido para su excelente información, de un artículo dado a luz en la ya nombrada *Edinburgh Review*. Conviene recordar las palabras de Bello para justificar el interés de los europeos por conocer las cosas del Nuevo Mundo. Decía "La revolución que emancipó la América Meridional del yugo de España, y el consiguiente aumento de nuestro comercio con Chile y las otras repúblicas terminadas por el Océano Pacífico, entraron probablemente en los motivos que los lores del Almirantazgo tuvieron en 1825 para ordenar que se hiciese un exacto reconocimiento de las costas australes de la península de Sud América, desde la entrada meridional del Río de la Plata hasta dar la vuelta a Chiloé<sup>2</sup>.

Gemelo de este interesante artículo debe considerarse el que consagró a la obra que lleva por título *Narrativa de la expedición exploradora de los Estados Unidos de América durante los años 1839 hasta 1842, por Carlos Wilkes, de la marina de los Estados Unidos*, editada en 5 volúmenes y con un atlas, e impresa en Filadelfia y después reimpressa en Londres en 1845. El ejemplar que

<sup>1</sup>*El Araucano*, 1839. *Obras Completas*, xv, págs. 201-206.

<sup>2</sup>*El Araucano*, 1840. *Obras Completas*, xv, págs. 217-245.

servió a Bello para su crónica era el que el gobierno de los Estados Unidos había obsequiado, en un magnífico ejemplar, al de Chile.

La expedición del capitán Wilkes estaba dirigida principalmente al océano Austral y al Pacífico para reconocer en cuanto fuese posible la verdadera situación del gran continente antártico, que se suponía vagamente al sur de Australia. Bello extractó con suma prolijidad cuanto la obra contenía acerca de las costumbres, hábitos, desarrollo social y progresos hechos por los chilenos desde los días de la independencia y trazó un cuadro de verdadero valor para la historia por la correcta interpretación del relato del viajero, el cual animó, además, con un estilo y lenguaje admirables<sup>1</sup>.

Los artículos que hemos recordado no son más que los que Bello escribió en Santiago de Chile sobre asuntos que incidían en materias de diversos órdenes desarrollados en libros de viajes y por cuya literatura —ya lo hemos dicho— sintió siempre particular predilección.

Antes, durante la larga residencia de diecinueve años en Londres, dio a conocer en las tres revistas en que escribió, de una de las cuales fue simplemente colaborador y de las otras dos director y, a la vez, único redactor, varios ensayos en los que glosó admirablemente las obras de los viajeros. Para *El Censor Americano*, publicado en Londres en 1820 por el guatemalteco Antonio José de Irisarri, al servicio de Chile, entregó el estudio *Consideraciones sobre la primera población y las antigüedades de América*, las que se fundamentaban en la obra *Viajes a las regiones equinociales del Nuevo Continente* de Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland, redactado por el sabio alemán<sup>2</sup>. Por este segundo descubridor de América, Bello sentía una profunda estimación intelectual. La hizo más intensa y llena de una respetuosa admiración la extraordinaria amplitud de su ciencia, de donde, sin quererlo, surgió espontáneamente la afinidad de los dos espíritus en la común devoción por la naturaleza, el sentido poético y artístico que los inspiraba, la reflexión profunda con que miraron los fenómenos físicos del mundo y la curiosidad de saber inagotable de que estaban poseídos. El caraqueño leyó y releyó las obras de Humboldt y las aprovechó para sus estudios, ensayos y bosquejos, pero la fuente principal de

<sup>1</sup>*El Americano*, 1840. *Obras Completas*, xv, págs. 357-367.

<sup>2</sup>*El Censor de la Revolución*, N° 4,

octubre de 1820, Londres, págs. 301-315. *Obras Completas*, edic. de Caracas, xx, págs. 277-287.

que emanaron sus escritos fueron los *Viajes a las regiones equinociales*. Las versiones que hizo en forma especial de algunos temas geográficos, constituyen un conjunto de ensayos sobre América bastante novedosos, porque Bello popularizó la ciencia humboldtiana y la difundió en las clases cultas de estos países. Así, por ejemplo, en el mismo *Censor Americano* dio a luz un artículo que intituló *Topografía de la Provincia de Cumaná* que es una versión sacada de los *Viajes*, elegantemente escrita. Pasa en revista San Fernando, Arenas, Tumiriquiri, Valle de Caripe y la cueva de Guácharo. Su lectura es ciertamente seductora<sup>1</sup>.

Las colaboraciones publicadas en la revista que dirigió en la ciudad londinense con el neogranadino Juan García del Río, la *Biblioteca Americana o Miscelánea de Literatura, Artes y Ciencias*, dada a luz el 16 de abril de 1823, siguen la misma factura e igual plan de las de *El Censor Americano*. El libro de viaje proporciona a Bello la ocasión para disertar acerca de algún tema, o simplemente para verterlo al castellano acomodándolo a una fácil comprensión. Así lo hizo en el artículo *Palmas americanas*<sup>2</sup>. Tomó como base para redactarlo, el *Nuevo Diccionario de Historia Natural*, publicado en París en 1816-1819, pero las informaciones botánicas son debidas a Humboldt y Bonpland, autores de la obra *Plantas Equinociales*. "Estas palmas, de una especie tan común en las regiones tropicales, son de la mayor importancia para los habitantes de esas latitudes, a los cuales proporcionan alimento, vestido, habitación y muchas otras comodidades, casi sin trabajo", como ha escrito Bello. En la misma forma, valiéndose de los datos reunidos por los viajeros y exploradores, el capitán Webb, Moorcroft y su compañero Harsay, James Baillie Fraser y el capitán Hodgson, Bello dio a conocer una relación altamente novedosa de los estudios que en los años anteriores a 1823, se habían llevado a cabo en Europa de las montañas que ocupan el centro del Asia, y este fue el origen del artículo que intituló *Cordillera del Himalaya*<sup>3</sup>. El mismo método empleó Bello para desarrollar el tema de su estudio sobre la *Avestruz de*

<sup>1</sup>*El Censor Americano*, N° 4, septiembre de 1820, Londres, págs. 207-224. *Obras Completas*, edic. de Caracas, xx, págs. 288-301.

<sup>2</sup>*Biblioteca Americana*, 1, págs.

129-137, 1823. *Obras Completas*, xiv, págs. 177-185.

<sup>3</sup>*Biblioteca Americana*, 1, págs. 137-151, 1823. *Obras Completas*, xiv, págs. 187-201.

América<sup>1</sup>. Apoyado en las investigaciones zoológicas de Hammer, de Sonnini y de Shaw, describió las características de estas aves *portazancos*; pero los hábitos, las costumbres, y las regiones en que habita, fueron consultados en la obra del viajero y naturalista Félix de Azara, intitulada *Apuntamientos para la Historia Natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata, Madrid, 1820-1805*, 3 volúmenes in 4°.

La *Biblioteca Americana* se suspendió en la primera entrega del segundo tomo. Los costos de una edición lujosa e ilustrada con muy buenas láminas la encarecía enormemente y el recargo sobrevino cuando los editores, Bello y García del Río, no habían tenido ocasión de asegurar la difusión de la revista en los países americanos a que estaba destinada. Tres años después de la suspensión de aquella excelente revista, volvían Bello y García del Río a publicar otro magazine. Este fue *El Repertorio Americano*, dado a luz también en Londres en 4 volúmenes entre los años de 1826 a 1827. Las colaboraciones del caraqueño fueron numerosísimas y de ellas sólo vamos a referirnos a las que tienen relación con los asuntos de viajes. El primer artículo escrito para *El Repertorio Americano* fue una *Descripción del Orinoco entre la cascada de Guaharivos y la embocadura del Guaviare*, canal central de comunicación entre el Orinoco y Amazonas<sup>2</sup>. Se basa la crónica en la *Relación Histórica del viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Mundo* por Alejandro de Humboldt y Amado Bonpland, tomada del libro VII, capítulos 22, 23 y 24. Reconoce Bello con satisfacción que es el sabio alemán a quien debe toda la materia del artículo, tomándose sólo "la licencia de disponerla en otro orden". Atento al desarrollo cada vez más rápido de los progresos de la geografía, el segundo artículo lo consagró Bello a una corta pero noticiosa nota sobre la *Narrativa de los viajes y descubrimientos hechos en el Africa septentrional y central, en 1822, 23 y 24, por el Mayor Denham, el Capitán Clapperton y el Doctor Oudney*, obra publicada en Londres en 1826, en un volumen in 4°<sup>3</sup>. Demostraba con este libro

<sup>1</sup>*Biblioteca Americana*, I, págs. 162-168, 1823. *Obras Completas*, XIV, págs. 217-222.

<sup>2</sup>*El Repertorio Americano*, I, octubre de 1826, 74-98. *Obras Completas*, XIV, págs. 241-262.

<sup>3</sup>*El Repertorio Americano*, I, octubre de 1826, págs. 298-300. *Obras Completas*, edición de Caracas, XX, págs. 625-628. No se compiló en la edición chilena.

que el resultado de los últimos descubrimientos desechaba la existencia del afamado y misterioso río Níger, acerca del cual habíanse formulado muy opuestas hipótesis, y establecía lo que las exploraciones dejaban en pie como hechos perfectamente comprobables. Adaptó, también con igual propósito de divulgación, el capítulo iv del tomo 1 de la edición de París de 1809 en 4 volúmenes in 8º de los *Voyages dans l'Amérique Meridionales, depuis 1781 jusqu'a en 1801* de Félix de Azara para escribir el artículo *Cascadas principales del Paraná, el Iguazú y el Aguaraí*, ríos tributarios del de la Plata<sup>1</sup>, dando a conocer los últimos progresos de la geografía americana a través de las opiniones de un explorador de tanto crédito como el que merecía Azara.

Los artículos antes citados corresponden al año 1826. Los que siguen, vieron la luz en 1827. De una señalada importancia es el que lleva por título *Extractos del Viaje del Capitán Head* por las pampas de Buenos Aires y la Cordillera de Chile<sup>2</sup>, que su autor dividió en dos partes esenciales. En la primera, habla de las costumbres de los gauchos y para dar el mayor relieve al asunto, traduce los párrafos más importantes del relato de Head; la segunda, está consagrada a la mina de San Pedro Nolasco y constituye una hermosísima descripción del valle del Maipo. Las páginas traducidas por Bello están inspiradas en un lenguaje severamente poético de amor a la naturaleza que recuerda al clásico autor de la silva americana *La agricultura de la zona tórrida* y el feliz traductor de Delille en su poema *La luz*. En cada uno de estos artículos, adaptaciones o traducciones de relatos de viajeros en los que se hace la descripción de la naturaleza, Bello se esmeró en destacarla y hasta diríamos en mejorarla con un estilo artístico. Aunque estrictamente descriptivo, desde el punto de vista geográfico, el artículo que intituló *Orografía americana: descripción de las cordilleras de la América meridional*<sup>3</sup>, en él se encuentran las elevadas muestras de una viva sensibilidad para interpretación del paisaje en la larga extensión que recorre la cordillera andina en el continente. Es cierto que el estudio de Bello

<sup>1</sup>El *Repertorio Americano*, II, enero de 1827, págs. 114-117. *Obras Completas*, XIV, págs. 297-300.

<sup>2</sup>El *Repertorio Americano*, II, enero de 1824, págs. 141-152. *Obras*

*Completas*, XV, págs. 23-33.

<sup>3</sup>El *Repertorio Americano*, II, enero de 1827, págs. 117-144. *Obras Completas*, XIV, págs. 301-322.

es una adaptación del libro ix, capítulo 26 de la *Relación Histórica del Viaje de Humboldt*, en quien la vena poética de la interpretación del paisaje, del sentimiento de la naturaleza, fue excepcional. El caraqueño, sin duda, supo añadir su propia visión y la emotividad que, como americano, causábanle las palabras del alemán. “¿Qué es —dice Bello— sin los contornos de las cordilleras la descripción de la tierra? Una sombra confusa de los objetos, que privados de su forma natural, se proyectan sobre una superficie plana”. Las cordilleras del continente meridional despertaron en Bello la curiosidad de describirlas. “La geografía americana —escribió— ha sido uno de nuestros objetos principales. Nos proponemos registrar en este periódico todo lo que aparezca interesante en las observaciones de los viajeros que recientemente han visitado, o más adelante visitaren los países hispanoamericanos. Las correspondencias —añade— que ya tenemos ya entabladas con ellos nos proporcionarán probablemente añadir noticias no despreciables; y aunque no es nuestro ánimo (ni sería posible en una obra de esta naturaleza) sujetarnos a plan alguno en el orden de las materias, nos ha parecido que el presente artículo (extracto y a veces mera traducción de Humboldt) serviría para facilitar la inteligencia de otros, y que por consiguiente le correspondía uno de los primeros lugares”. Como cuadro general de un asunto de por sí delicado, Bello tuvo el arte de presentar una exposición ordenada y llena de interés del sistema orográfico andino, naturalmente menos lato que el de Humboldt y que, por la síntesis que se debe a su pluma, resulta mucho más fácil de aprehender. Precede al ensayo una introducción y luego trata los temas siguientes: cordillera de los Andes, Grupo de Santa Marta, Serranía del litoral de Venezuela y Grupo de la Parime. Las reflexiones que Bello hace de vez en cuando, con una intención profunda para explicar el sentido de ciertos hechos orográficos, destacan su espíritu filosófico. Siempre está presente este espíritu y cuando toma el papel de crítico lo asume con la mayor responsabilidad. Citemos un caso, el que nos parece el mejor. En éste se destaca, conjuntamente, la reflexión filosófica y el sentimiento de la naturaleza americana. Esos dos aspectos se nos han impuesto al releer el juicio con que recibió una de las obras más sólidas y calificadas de la erudición histórica española, la *Colección de Viajes y Descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo*

XV, coordinada e ilustrada por Martín Fernández de Navarrete<sup>1</sup>. Asumió Bello en esta crítica, que es a la vez una exposición del contenido de la obra, cierto carácter polémico muy raro en sus escritos. Lamentó la conducta del erudito español al oponerse a la publicación de los antecedentes acerca de lo que había sido el sistema de conquista y colonización de España en las colonias. Tal juicio lo escribía a propósito de haber salido a luz en Londres en 1836, la edición de David Barry de las *Noticias Secretas de América* escritas por Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Pero las fundadas objeciones de Bello al punto de vista de Fernández de Navarrete, son un asunto puramente incidental en el artículo, aunque sean de mucha consideración para conocer su pensamiento en lo tocante a la conducta de España en la cuestión. El crítico tenía que preocuparse del libro mismo. Se había propuesto, entre otras cosas, destacar a la luz de los preciosos documentos desconocidos que le ofrecía la obra, poner de relieve la impresión que ante los ojos de Colón produjo la naturaleza de las tierras descubiertas, y cómo las emociones ardientes de su sensibilidad se vaciaron en sus escritos, las que alcanzaron una poesía incomparable. Bello dejó hablar a Colón a través de sus cartas y de los pasajes conservados por el padre Las Casas. Pero esto no impidió que Bello mismo aportara su expresión estética frente al paisaje de las tierras exploradas por el genovés. Los dos eran poetas. Bello sintió a Colón y lo arrastró hacia él una viva simpatía. De aquí sus reflexiones filosóficas acerca de las ingratitudes de la Corona española para con el descubridor. Por último, citando textos, extractándolos, o bien interpretando los que Fernández de Navarrete da en el libro, Bello trazó un cuadro del momento en que se hizo el descubrimiento hábilmente combinado con las citas documentales y las que trazó su pluma. Quizá sea este artículo de Bello el mejor estudio de conjunto de los dos primeros tomos —(fueron cinco)— de la obra eruditísima de Fernández de Navarrete.

El último artículo escrito por Bello sobre viajes para *El Repertorio Americano*, versó sobre un asunto del que ya se había ocupado y cuya continuación ofrecía ahora: la *Descripción del Orinoco desde San Fernando de Atabapo hasta la catarata de Atures*<sup>2</sup>. Anterior-

<sup>1</sup>*El Repertorio Americano*, III, abril de 1827, págs. 186-225. *Obras Completas*, VIII, págs. 9-46.

<sup>2</sup>*El Repertorio Americano*, IV, agosto de 1827, págs. 144-160. *Obras Completas*, XIV, págs. 373-387.



mente, había presentado la navegación del Orinoco desde la cascada de Guabarivos hasta el Guaviare, teniendo como fundamento para el relato, en uno y otro caso, el *Viaje* de Humboldt y Bonpland, durante el cual los exploradores tendieron como han hecho "de cuando en cuando la vista por los montes vecinos, internándonos en sus espesos bosques, y conversando con el salvaje sedentario de las misiones, que ha perdido la libertad sin adquirir la civilización". Como en otras ocasiones, Bello no se limitó a una simple traducción del relato. Lo adoptó a veces, lo resumió en otras y en ciertas partes lo tradujo, pero, por ninguna de estas circunstancias a las cuales se vio precisado, la narración perdió interés, belleza literaria y método en la exposición.

Marzo de 1964.